

sentimiento contra aspectos especiales de la vida; acaso un rencor que se transparenta en la vehemencia de la expresión o en la excesiva amargura del concepto, y lastima aquel equilibrio ponderado, base y substancia del verdadero humorismo. En este concepto, tampoco cae el dean Swift dentro de la categoría de los grandes humoristas. Su obra es el ejercicio de venganzas personales contra los hombres de su tiempo, y a pesar de las virtudes literarias de que está adornada, no cumple todo su destino porque la empece, con el andar de los tiempos, la acción corrosiva del sarcasmo.

Por último; el humorismo de Canela se acomoda a la ley fundamental de no apoyarse en el mero vocablo, sino en los sucesos y accidentes de la vida. En esta hora en que los escritores premurosos se exprimen el seso para hacer risible la vida haciéndolo

la ludibrio de retruécanos forzados, obran como sedativo estos *Relatos porteños* en que contrastan los hechos, son antinómicas las escenas, pero el hilo de la frase rehuye con atento estudio lo que llama el viejo Musset «los oropeles de la antítesis».

Como lo ha observado tinosamente D. Luis Araquistain, los *Tres relatos porteños*, a pesar de su título y a pesar de referirse a sucesos ocurridos en Buenos Aires, tienen valor universal y son de aplicación a todos los medios sociales. En efecto, la obra literaria, de significado profundamente local, resulta casi siempre de aplicación a todos los ambientes; porque la planta humana es una misma dondequiera que brote, y porque sus aspiraciones y miserias le dan color y carácter moral al medio en que la planta desenvuelve su equívoco destino.

B. SANIN CANO.

(España, Madrid).

Entonces, aquel que ya tenía nieve en su cabeza, sonrió con dulzura y les dijo: *Hombres de poca fe, lo habéis perdido todo.*

Nota bibliográfica

ALGO DE MATEMATICAS

Por Vital Murillo E.

San José, C. R., 1921.

EL joven autor de este folleto, don Vital Murillo, posee excelentes dotes de matemático. Sus ideas, sin embargo, debían haber sido presentadas de diferente modo para que pudiese apreciarse su labor. El señor Murillo ha tomado de un libro en composición los extractos que publica, lo cual ha querido él recordar en más de un lugar mediante la introducción de puntos suspensivos, como ocurre en las páginas 14 y 28. Habría sido preferible no hacer esto, para no producir una falsa impresión. El trabajo que más interesante me ha parecido es la teoría de las progresiones algebraicas. Pero aquí, como en las operaciones ultra-potencio-radicales, se siente la absoluta necesidad de partir de un problema o de llegar a él.

¿Por qué no dedicar atención a los problemas de las Ciencias Físicas, hoy tan fecundos, o de la Astronomía? ¿Por qué no apoyarse en investigaciones de esa naturaleza, para remontarse luego a la abstracción pura o viceversa?

El joven autor de ese folleto merece que se le preste atención, pero él a su vez, deberá entrar en los estudios de matemáticas aplicadas a las ciencias, a fin de que haga sentir mejor sus capacidades de matemático sólido. De otra suerte, quienes solamente dan una ojeada a su folleto, pueden juzgar que éstas son inútiles divagaciones, cuando en realidad son ensayos serios cuyas aplicaciones prácticas el autor no hace aparentes, y este es, por ahora, el aspecto débil de todo su trabajo.

Por lo que hace a su breve capítulo destinado a la discusión de una cuarta dimensión, conviene observar que el autor no ha dedicado atención muy detenida a este problema. Si cayeran en sus manos trabajos sobre el espacio no euclidiano; si estudiase la concepción espacial de Einstein, o si yendo en otra dirección buscase los libros de Bradgdon y de Hinton sobre esas materias, el joven matemático podría ver posibilidades que esta vez se le han escapado.

R. BRENES MESÉN

Syracuse University,
mayo de 1923.

El enigma de la fuente

COMO plata, la fuente de nítida transparencia se deslizaba por la selva; a veces hacía su recorrido mansamente, y otras, se apresuraba siguiendo el desnivel de los terrenos. En sus aguas se adivinaba su bondad, reconocida por todo el cercano caserío; en sus orillas, como en las de todas sus hermanas, la fronda cobijaba su frescura, en tanto que en su seno algunas piedras mal dispuestas se bañaban.

Tal era el aspecto de una fuente de poderes mágicos a cuyas aguas todos acudían para buscar el remedio a sus dolencias, como en los cuentos fantásticos, los niños acuden a pedir sus dones al hada pródiga. En ella las gentes vecinas veían un milagro: con fé poderosa llegábanse a recoger sus aguas, que eran sus medicinas, y con esa misma devoción ofrecíanle, año tras año, una fiesta, como se le ofrece a una reina.

«El culto de la fuente», llamaban en las otras ciudades del reino a esa fiesta tradicional, que ya había cobrado gran fama, como la fuente misma. Algunos, los tímidos, hablaban de ella con respeto, mientras que los demás comentaban el hecho en tono de burla, mirando en eso el reflejo de la sencillez de las gentes pueblanas.

Así pasaban los tiempos, y así vivían los moradores del caserío de San Fernando, tal el nombre del pueblito, siempre con la tristeza que causa la soledad no comprendida, siempre con la devoción que inspira una satisfacción cumplida.

Pero sucedió,—como corrientemente suele acontecer en estas historias— que el rey enfermó de cuidado, no siendo posible devolverle la salud perdida. En la Corte, inusitado movimiento; en el reino, comentarios, y en San Fernando, indiferencia; como que todos tenían sus remedios al alcance de las manos.

La gravedad se acentuaba cada vez más, hasta que los médicos de entonces resolvieron, como último recurso, y gracias a la influencia de la reina, llevar al monarca a la fuente maravillosa.

Arreglóse el viaje, el cual al ser comunicado al rey le produjo fuerte cólera, que más bien empeoró su situación; no obstante, fué llevado a la enigmática fuente y a pesar de su disgusto e incredulidad, tomó las aguas famosas y bañó su cuerpo en las ondas.

Pero cuál no sería la sorpresa de todos, especialmente de los habitantes de San Fernando, que el rey, a poco, murió.

Desilusionados por semejante suceso, cierto día se reunieron y acordaron pedirle una explicación al patriarca del lugar, sábio anciano de luenga barba y frente despejada, que allí recluido sólo esperaba «desposarse con la muerte».

Y en efecto, así lo hicieron: todos reunidos, fué interrogado el viejo sabio sobre el extraño fenómeno, sobre el cambio que las aguas habían sufrido, sobre la locura que había al creer en cualidades que eran ilusorias.